



PONTIFICIA
UNIVERSITÀ
GREGORIANA

Istituto di Antropologia



***English Version**

Mt 17:1-9

(March 1st 2026)

The structure of today's Gospel text reflects a fundamental human experience. Sometimes we grow weary of the hustle and bustle of everyday life and long for an alternative that offers us distance from the hectic pace, noise, and busyness. It is therefore understandable that Jesus goes up a high mountain with some of his disciples. The distance from everyday life enables a different kind of encounter.

It is an encounter that allows for a different, deeper view of one another; a view that penetrates the depths of the soul, the very core of the other person. On the mountain, Jesus is recognized by his disciples as the Son of God. It is as if they hear God himself speaking to them. Deeply moved, Peter wants to capture this moment by building huts. Who could blame him? Such moments of insight and deep encounter bring happiness, peace, and contentment. One would like to make them permanent.

But as a rule, it is just as it is described in the Gospel. The return to everyday life is almost inevitable, and just as Jesus descends from the mountain with his disciples and the experience they have had can no longer be discussed at length, so it is with "normal" people. The descent into the everyday lowlands makes it almost impossible to talk about the experience in an appropriate way and to find a suitable opportunity to discuss the meaning and significance of the experience. Everyday life continues with all its tasks and duties. The mountain experience, the experience of deep encounter, is not lost or rendered worthless. Rather, it shapes everyday actions. In the case of the disciples, it will have contributed to their even more determined contribution to Jesus' mission as his followers. For people like you and me, such mountain experiences of deep encounter can also strengthen everyday coexistence, emphasizing what we have in common in our feelings, thoughts, and actions, without having to suppress the daily hardships and resistance of everyday life in our attempts to achieve common goals.

It may just be a hunch. But on closer inspection, today's Gospel text has a connection to what encounters with victims of sexual abuse mean and how they could be shaped. At its core, it is about a deeper encounter with them. They are not just a case number, a file reference, or an administrative procedure to be dealt with according to church law. They are people whose

dignity has been disregarded by the perpetrators and concealed by those who covered up the abuse. They are children of God, members of the body of Jesus Christ. It is more than necessary to recognize and seek to understand their needs, their pain, their despair, their loneliness; just as it is necessary to take seriously their strengths, their potential, and their charisms.

This cannot be done quickly with superficial meetings that are kept short because encounters with victims of abuse seem too challenging, too exhausting, too embarrassing, too time-consuming. Genuine, serious encounters with victims of abuse require time, openness, sensitivity, empathy, patience, and other qualities that are essential for victims to feel seen and for trust to grow. Only then can healing begin to take place. Only in this way can we jointly gain the strength and motivation to work together to improve the situation of victims in general, despite all resistance, and to create the conditions for change that will help prevent abuse.

One thing should not be forgotten. Successful and fruitful encounters between safeguards and victims are not a sedative that leads to the assumption that individual encounters of this kind indicate that everything is fine. The challenges for safeguarding professionals in terms of investigating, addressing, and preventing abuse remain. Just as Peter could not build huts on the mountain to stay there, but had to return to everyday life, so too must every person involved in safeguarding fulfill their mission sustainably and reliably, day after day, again and again.

Questions:

When, where, and how do I give victims of abuse the time they want for encounter and exchange? How do I incorporate my experiences with this into my prayer and spiritual accompaniment or supervision?

Prayer:

Lord Jesus Christ, you revealed yourself to your disciples on the mountain. The depth of the encounter overwhelmed them, but you told them not to be afraid. Free us too from the fear of encounters that touch us deeply. Grant us openness to people who have experienced injustice and the strength to respond to them appropriately.

Versión en español
Mt 17, 1-9
(1 de marzo de 2026)

En el Evangelio de hoy se refleja una experiencia humana fundamental. En ocasiones nos cansamos del ajetreo de la vida cotidiana y anhelamos una alternativa que nos ofrezca distancia del ritmo acelerado, del ruido y de la actividad constante. Por eso, es comprensible que Jesús suba con algunos de sus discípulos a lo alto de un monte. La distancia respecto a la vida diaria permite otro tipo de encuentro.

Es un encuentro que posibilita una mirada distinta y más profunda de unos sobre otros; una mirada que penetra en lo hondo del alma, en la esencia del ser de la otra persona. En el monte, los discípulos reconocen a Jesús como Hijo de Dios. Sienten incluso que Dios mismo les habla. Profundamente conmovido, Pedro quiere retener ese momento construyendo tiendas. ¿Quién podría reprochárselo? Momentos así, de comprensión y de encuentro profundo, regalan felicidad, calma y satisfacción. Uno quisiera que duraran siempre.

Pero normalmente sucede como lo describe el Evangelio. El regreso a la vida cotidiana es casi inevitable y, del mismo modo que Jesús desciende del monte con sus discípulos y ya no se puede expresar la experiencia vivida ampliamente, así también les ocurre a las personas “normales”. El descenso a las llanuras de la vida ordinaria apenas les permite hablar adecuadamente de la experiencia o encontrar el momento oportuno para compartir su sentido y su significado. La vida diaria continúa con todas sus tareas y obligaciones. Pero la experiencia del monte —la experiencia del encuentro profundo— no se pierde ni se vuelve inútil. Más bien modela las acciones del día a día. En el caso de los discípulos, seguramente contribuyó a que asumieran con mayor determinación la misión de Jesús como sus seguidores. Para personas como tú y como yo, estas experiencias de “monte”, de encuentro profundo, pueden fortalecer la convivencia cotidiana, subrayando lo que tienen en común nuestros sentimientos, pensamientos y acciones, sin negar las dificultades y resistencias del día a día cuando se intentan alcanzar metas compartidas.

Quizá sea solo una intuición, pero el texto del Evangelio de hoy —si se mira con atención— está relacionado con lo que significa el encuentro con víctimas de abuso sexual y con cómo podría vivirse ese encuentro. En el fondo, se trata de un encuentro más profundo con ellas. No son un simple número de caso, una referencia de expediente o un trámite administrativo que deba resolverse según las normas del derecho canónico. Son personas cuya dignidad ha sido despreciada por los abusadores y encubierta por quienes ocultaron los hechos. Son hijos e hijas de Dios, miembros del Cuerpo de Jesucristo. Es más que necesario reconocer e intentar comprender sus necesidades, su dolor, su desesperación y su soledad; pero también su fortaleza, sus potencialidades y sus carismas, que deben ser tomados en serio.

Esto no se logra rápidamente mediante encuentros superficiales que se intentan acortar porque el contacto con las víctimas resulta demasiado exigente, cansado, incómodo o toma tiempo. Los encuentros genuinos y serios con las víctimas requieren de tiempo, apertura, sensibilidad, empatía, paciencia y otras actitudes que son condición para que las personas se sientan vistas y pueda crecer la confianza. Solo entonces se podrá emprender el camino hacia la sanación. Solo así se podrá encontrar juntos la fuerza y la motivación para mejorar la situación de las víctimas en general, a pesar de todas las resistencias, y crear las condiciones de cambio que ayuden a prevenir nuevos abusos.

No debería olvidarse algo importante: los encuentros logrados entre quienes trabajan en el ámbito del *safeguarding* y las víctimas no son un tranquilizante que nos lleve a suponer que todo está bien. Los desafíos para quienes trabajan en el *safeguarding* —en la investigación, el esclarecimiento del pasado y la prevención— siguen existiendo. Así como Pedro no pudo construir tiendas en el monte para quedarse allí, sino que tuvo que volver a la vida cotidiana, también toda persona comprometida con el *safeguarding* debe cumplir su misión de forma constante y fiel, día tras día, siempre de nuevo.

Preguntas

¿Cuándo, dónde y cómo ofrezco a las víctimas de abuso el tiempo que precisan para el encuentro y el diálogo? ¿Cómo integro estas experiencias en mi oración y en mi acompañamiento espiritual o en la supervisión?

Oración

Señor Jesucristo, tú te manifestaste a tus discípulos en el monte. La profundidad del encuentro los sobrecogió, pero los invitaste a no tener miedo. Libéranos también a nosotros del temor ante los encuentros que nos tocan en lo más profundo. Concédenos apertura hacia quienes han sufrido injusticia y la fuerza para corresponderlos adecuadamente.

***Versione en Italiano**

Mt 17:1-9

(1 marzo 2026)

Il testo del Vangelo di oggi racconta un'esperienza umana molto comune. A tutti può succedere di sentirsi stanchi del ritmo frenetico della vita di tutti i giorni e sentire il bisogno di staccare dalla confusione, dal rumore e dalla frenesia. Non c'è da stupirsi, quindi, che Gesù abbia avuto lo stesso desiderio di rifugiarsi su un'alta montagna con alcuni dei suoi discepoli. Allontanarsi dalla quotidianità permette di vivere l'incontro diversamente.

È un incontro che permette una visione diversa e più profonda l'uno dell'altro; una visione che penetra nelle profondità dell'anima, nel cuore stesso dell'altra persona. Sulla montagna, i discepoli riconoscono Gesù come il Figlio di Dio. È come se sentissero Dio stesso parlare loro. Pietro, profondamente commosso, vorrebbe fermare l'attimo piantando delle tende. Come biasimarlo? Momenti di tale profondità e intensità portano felicità, pace e appagamento. È naturale desiderare che siano eterni.

Nella realtà, poi, si verifica quello che è descritto nel Vangelo. Il ritorno alla vita quotidiana è quasi inevitabile e così una volta che Gesù e i discepoli scendono dalla montagna non parlano più dell'esperienza vissuta, lo stesso accade alle persone "normali". Il ritorno alla quotidianità rende quasi impossibile parlare dell'esperienza in modo adeguato e trovare un'occasione adatta per riflettere sul suo significato e la sua importanza. La vita quotidiana continua con tutti i suoi compiti e doveri. L'esperienza della montagna, quell'esperienza di incontro profondo, tuttavia, non si perde, né tantomeno è inutile. Anzi, influenza le azioni di tutti i giorni. Nel caso dei discepoli, contribuisce a farli sentire ancora più determinati a seguire la missione di Gesù come suoi seguaci. Per persone come noi, simili esperienze di "incontro profondo sulla montagna" possono contribuire a rafforzare la convivenza quotidiana, mettendo in risalto sentimenti, pensieri e azioni che abbiamo in comune, senza dover per forza reprimere le difficoltà e le sfide della vita quotidiana nel tentativo di raggiungere obiettivi comuni.

Potrebbe essere solo un'intuizione, ma questo brano del Vangelo - se si guarda con attenzione - ha un legame con quello che quello che può significare l'incontro con le vittime di abusi sessuali e come si potrebbero organizzare. In sostanza, si tratta di un incontro più profondo con loro. Non sono solo un numero, il riferimento in un fascicolo o uno dei tanti casi amministrativi da trattare secondo il diritto canonico. Sono persone che hanno visto calpestare la loro dignità dai responsabili degli abusi, nasconderla da coloro che hanno insabbiato tutto. Sono figli di Dio, membri del corpo di Gesù Cristo. È più che necessario riconoscere e cercare di comprendere i loro bisogni, il loro dolore, la loro disperazione, la loro solitudine; così come è necessario prendere sul serio la loro forza, il loro potenziale e il loro carisma.

Ma questo non si può fare velocemente, con incontri superficiali e brevi perché trovarsi faccia a faccia con le vittime di abusi sembra essere troppo difficile, troppo faticoso, troppo imbarazzante e troppo lungo. Per avere incontri sinceri e seri con le vittime di abusi bisogna avere tempo, apertura mentale, sensibilità, empatia, pazienza e altre qualità che sono fondamentali per fare in modo che le vittime si sentano ascoltate e per far crescere la fiducia. È solo così che può iniziare la guarigione. È solo così che possiamo trovare insieme la forza e la motivazione per lavorare insieme per migliorare la situazione delle vittime in generale, nonostante tutte le resistenze, creando le condizioni per un cambiamento che aiuti a prevenire gli abusi.

C'è ancora una cosa da ricordare: gli incontri positivi e fruttuosi tra chi opera nel *safeguarding* e le vittime non sono il rimedio miracoloso per risolvere tutto. Rimangono le sfide per chi si occupa di *safeguarding* in termini di indagine, gestione e prevenzione degli abusi. Così come Pietro non ha potuto “piantare le tende” sulla montagna ed è dovuto tornare alla vita normale, anche chi si occupa di *safeguarding* deve sempre svolgere la propria missione in modo stabile e affidabile, giorno dopo giorno.

Domande

Quando, dove e come concedo alle vittime di abusi il tempo che desiderano per incontrarsi e confrontarsi? come posso integrare le mie esperienze in questo ambito nella mia preghiera e nel mio accompagnamento spirituale o nella supervisione?

Preghiera

Signore Gesù Cristo, che ti sei rivelato ai tuoi discepoli sul monte. La potenza dell'incontro li ha sopraffatti, ma tu gli hai detto di non avere paura. Libera anche noi dalla paura degli incontri che ci coinvolgono profondamente. Concedici di aprirci alle persone che hanno sofferto l'ingiustizia e donaci la forza di rispondere loro nel modo giusto.

***Versão em Português**

Mt 17,1-9

(1 de março de 2026)

O Evangelho de hoje remete-nos a uma experiência humana fundamental. Às vezes nos cansamos da correria do dia a dia e ansiamos por algo que nos distancie do ritmo acelerado, do barulho e da agitação. Por isso, é compreensível que Jesus vá para o alto do monte com alguns de seus discípulos. O afastamento da rotina possibilita outras formas de encontro.

É um encontro que permite um olhar novo e mais profundo em direção aos outros; um olhar que penetra as profundezas da alma, o núcleo mais íntimo da outra pessoa. Na montanha, Jesus é reconhecido por seus discípulos como o Filho de Deus. É como se eles ouvissem o próprio Deus falando com eles. Profundamente tocado, Pedro tenta eternizar aquele momento construindo tendas. Quem poderia culpá-lo? Momentos assim, de compreensão e encontro profundo, trazem felicidade, paz e plenitude. Dá vontade mesmo de perpetuá-los.

Mas, em geral, acontece exatamente como o Evangelho descreve. O retorno à vida cotidiana é inevitável e, assim como Jesus desce da montanha com seus discípulos, ciente que a experiência vivida não será frequentemente repetida, o mesmo ocorre com as pessoas “comuns”. A descida aos vales do cotidiano impede que a experiência seja narrada de maneira adequada e que se encontre uma ocasião propícia para refletir sobre seu significado e sua importância. A vida segue com todas as suas tarefas e deveres. A experiência da montanha, a experiência do encontro profundo, não se perde nem se torna sem valor. Pelo contrário, ela molda as ações do dia a dia.

No caso dos discípulos, certamente aquele momento contribuiu para que assumissem com ainda mais determinação a missão de Jesus como seus seguidores. Para pessoas como você e eu, essas experiências de “montanha”, de encontro profundo, também podem fortalecer a convivência cotidiana, fazer sobressair nossos sentimentos, pensamentos e ações em comum sem ignorar as dificuldades e resistências do dia a dia na busca por objetivos comuns.

Pode ser apenas uma interpretação pessoal. Mas, olhando mais de perto, o Evangelho de hoje tem relação com os encontros com vítimas de abuso sexual e com a forma como eles podem acontecer. No fundo, trata-se de um encontro mais profundo com elas. Elas não são apenas um número, um processo ou um procedimento administrativo a ser tratado segundo as normas do direito canônico. São pessoas cuja dignidade foi desrespeitada pelos perpetradores e violada por aqueles que acobertaram os abusos. São filhos e filhas de Deus, membros do corpo de Jesus Cristo. É mais do que necessário reconhecer e buscar compreender suas necessidades, sua dor, seu desespero, sua solidão; assim como é necessário levar a sério sua garra, seu potencial e seus carismas.

Isso não pode ser feito às pressas, em encontros superficiais e rápidos porque o contato com vítimas de abuso parece difícil demais, pesado demais, constrangedor demais ou demorado demais. Encontros autênticos e sérios com vítimas de abuso exigem tempo, abertura, sensibilidade, empatia, paciência e outras qualidades essenciais para que elas se sintam vistas e para que a confiança possa crescer. Só então o caminho de cura pode ser trilhado. Somente assim podemos encontrar juntos a força e a motivação para trabalhar pela melhoria da situação das vítimas em geral, apesar de todas as resistências, e criar condições de mudança que ajudem a prevenir novos abusos.

Uma coisa não pode ser esquecida: encontros bem sucedidos e frutuosos entre os *safeguards* e vítimas não são apenas um paliativo para “acalmar os ânimos” e indicar que está tudo bem. Os desafios para os profissionais de *Safeguarding* - na investigação, no enfrentamento e na prevenção dos abusos - permanecem. Assim como Pedro não pôde construir tendas na montanha para permanecer ali, mas precisou voltar à vida cotidiana, também cada pessoa envolvida com o *Safeguarding* deve cumprir sua missão de forma constante e confiável, dia após dia, repetidas vezes.

Perguntas

Quando, onde e como eu ofereço às vítimas de abuso o tempo que elas precisam para o encontro e o diálogo? Como integro essas experiências à minha oração e ao meu acompanhamento espiritual?

Oração

Senhor Jesus Cristo, tu te revelaste aos teus discípulos na montanha. A profundidade daquele encontro os deixou maravilhados, mas tu disseste-lhes que não tivessem medo. Liberta-nos também do medo desses encontros que nos tocam profundamente. Concede-nos abertura para com as pessoas que sofreram injustiça e dá-nos a força para corresponder a elas de maneira adequada.